

TODOS A LA VEZ Y EN EL MISMO SITIO: LAS COORDENADAS ESPACIOTemporALES DEL DISCURSO NACIONAL

JOAN RAMÓN RODRÍGUEZ-AMAT

*Como si tuviéramos miedo de pensar el Otro
en el tiempo de nuestro propio pensamiento.*
(Foucault, M. 2007:20)

I. INTRODUCCIÓN: LA PUBLICIDAD BURGUESA COMO LEGITIMACIÓN DEL ESTADO

El Estado es todavía la unidad de referencia para el poder bélico y para la organización económica, para la diplomacia y para la ley. Con la aparición de los gobiernos modernos entre los siglos XVIII y XIX, las leyes implementadas transformaron –inevitablemente– los propósitos ilustrados de corte liberador en políticas conservadoras. La esfera pública burguesa –ese reino de la discusión desinhibida que Habermas (1981) describió y utilizó de modelo– se institucionalizó y cristalizó entonces en forma de Parlamentos y partidos políticos.

La llamada paradoja kantiana que se pregunta por la entidad, anterior a la ley, que tiene el poder de *dar* la ley, recae sobre la cuestión de la legitimación del Estado legal moderno. Para responderla conviene salir de los límites de la estructura racionalizada del derecho para penetrar en el espacio simbólico –o cultural (véase McGuigan 2004)– del suelo compartido de una identidad colectiva que cree las condiciones para una esfera pública. Porque sin un público y sus procesos de opinión, los Estados de derecho pierden toda su legitimidad.

Tarde, el psicólogo francés del siglo XIX, definía al público como “una nueva comunidad psicológicamente unida”. Berrio (1990:116), por su parte, insiste en que “los individuos que se establecen como público dentro de una democracia parten de

un consenso de base a partir del cual podrán disentir. Si las diferencias son muy profundas, si no hay unas bases fundamentales de acuerdo, entonces están en peligro los principios mismos de la comunicación”. Por lo tanto, aunque el público, la nación, el “pueblo” sea una entidad problemática, resulta fundamental para comprender las lógicas de legitimación de los Estados de derecho modernos.

El discurso nacionalista es el que apoya, desde detrás, al Estado. Porque el Estado de derecho necesita sostener simbólicamente y culturalmente su estructura legal. El imaginario nacional que tal discurso construye actúa como matriz espacio-temporal y simultáneamente teje las condiciones que permiten la ley –y la violencia– del Estado con los referentes simbólicos que unen y refuerzan la dimensión cívica del pueblo. Por eso, este artículo analizará algunos de los dispositivos de organización espaciotemporales que, orquestados desde las instituciones del Estado, se extienden hasta las raíces simbólicas y míticas de la nación.

2. LA NARRATIVA DE LA NACIÓN I: EL DISCURSO Y EL OTRO

El discurso que reproduce la idea de una nación (a partir de ahora se llamará discurso nacionalista) podría rellenar el espacio simbólico que se abrió con la caída del Antiguo Régimen. Ese relleno “resolvería” –hasta donde una paradoja se puede resolver– la paradoja kantiana de la política moderna: el discurso nacionalista construye “una nación” que funciona como el “antes-de-la-ley” necesario para que la constitución –que emana del pueblo– no flote en el vacío, ni salga de la nada.

Ese mismo gesto metodológico –casi un atajo– de pensar el nacionalismo como un discurso que construye la idea de nación, permite analizar sus prácticas sin una definición previa de nación que se corresponda con un referente empírico, material y concreto. Yuval-Davis ironizaba cuando escribía sobre la “lista de la compra” del nacionalismo para referirse a la cantidad de rasgos a los que se apela para justificar la existencia de una nación –la cultura en común, la lengua compartida, la historia, el territorio, el futuro compartido, el sentimiento de pertenencia, la *raza*, el *seny*, *l’esprit du peuple* o el *Volksgeist* (véase Ozkirimli 2000).

Tratar el nacionalismo como un discurso hace visibles los múltiples dispositivos de narración de la nación, de forma que se puede señalar que, a pesar de lo que pudiera parecer, el discurso nacionalista funciona como un solo *pattern* discursivo que sirve para todas las naciones distintas.

La historia es una disciplina que debería ser revisada adoptando esta opción metodológica y teórica. Como señala Geary explícitamente justo al arrancar su extraordinario libro: “la historia moderna nació en el siglo XIX, concebida y desarrollada como un instrumento para el nacionalismo europeo” (Geary 2002:15). En los últimos cincuenta años la historia y sus dificultades metodológicas ya han sido discutidas: entre los notables referentes se puede contar con *La arqueología del saber* (Foucault 2007)

El discurso histórico (Lozano 1987) o *El texto histórico como artefacto literario* (White 2003). Así pueden tomar sentido –sin perder rigor– las obras que combinan historia con invención, como *La invención de la tradición*, editado por Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1988), o *La invención de los alemanes*, editado por Klaus Wiegrefe y Dietmar Pieper (2008). De tal forma que en la medida en que la historia sirve para organizar tiempos y continuidades, la disciplina se convertiría, para el discurso nacionalista, en un dispositivo más de enunciación y de construcción de coordenadas espacio-temporales.

El Estado ha necesitado –desde su fundación– un discurso nacional propio que lo legitime y que rellene el vacío entre la violencia de la ley y el sentido razonable de la continuidad y la solidaridad entre sus habitantes –guerreros, pagadores de impuestos, votantes. Para ello, el Estado desarrolló un aparato de instituciones destinado sobre todo a la reproducción de la continuidad nacional: escuelas, organizaciones de pulido y homogeneización lingüísticas, universidades para la formación de historiadores y sociólogos y economistas; selecciones deportivas, etc. –en Francia, en 2008, se aprobó que todos tienen que aprender *La Marseillaise*.

El discurso nacionalista –narrado a través de los dispositivos que el Estado genera para garantizar su propia legitimidad– condena, pues, a la nación, a una permanente posición de *otredad*. El Estado narrador dibuja una nación en modo de promesa, de posibilidad, de nostalgia pero sin posibilidad de acción; pues la acción recae sólo sobre las instituciones y las políticas que el Estado ha construido para sí. Es, por lo tanto, el Estado el que necesita la nación para reforzarse en su legitimidad legalmente violenta y no la nación que necesita del Estado para seguir siendo.

3. LA NARRATIVA DE LA NACIÓN II: LOS DISPOSITIVOS Y LAS COORDENADAS

A través de un entramado muy complejo de instituciones que conforman el aparato reproductivo del nacionalismo, el Estado garantiza la coherencia narrativa de una matriz simbólica nacional que construye una continuidad lingüística, histórica, cultural –ese espacio ambiguo en el que se incluye todo lo demás–, la política, los futuros –los propósitos, los deseos, las proyecciones que definen las naciones por lo que quieren ser.

La nación, por lo tanto –como producto de un discurso puesto en movimiento a través de dispositivos del Estado–, tiene los rasgos de una narrativa y articula unos tiempos y espacios, demás de otros rasgos que aquí se dejarán a un lado.

Una manera útil de afrontar el estudio de los tiempos de la nación es a través de la historia: porque la historia –como relato– se ha ocupado de organizar temporalmente el desarrollo de la nación tomándola como su sujeto principal. La historia presenta una nación-pueblo recorriendo los siglos, enfrentándose a opresiones y ocupaciones,

descubriendo y conquistando mundos, construyendo tecnologías y saberes, anticipándose a eventos, sobreviviendo a desgracias y produciendo siglos dorados de arte, ciencia y literaturas universales. A lo largo del tiempo, la nación, sus gentes, han tejido personalidades y maneras, tradiciones y costumbres que viven entre el momento concreto del tiempo histórico y el tiempo primordial o mítico de la anécdota invariable y permanente.

Esta es, después de la histórica, la segunda gran forma temporal que se encuentra en las narrativas de la nación y que transcurre invariable por debajo de la primera, como un eco. Es el tiempo de lo que no varía, el tiempo primordial de lo mítico. Las naciones siempre estuvieron allí: algunos autores hablan de Alemania como la descendiente de Troya o utilizan la resistencia a la conquista romana para identificar los primeros momentos de existencia de los alemanes (Wiegrefe 2008:38). El tiempo invariable que permanece estático detrás del tiempo histórico toma forma de leyendas y de cuentos populares que, habiendo salido de otra parte y siendo de origen desconocido, se cuentan como propios actuales y remotos a la vez.

De vuelta desde lo mítico a lo histórico, otra marca temporal que se encuentra en el discurso nacional son los momentos que son sus firmas para su existencia. Esos son los momentos que actualizan el tiempo incierto del mito en un flujo temporal reconocible: las batallas con sus victorias y sus derrotas pusieron la nación en la historia, pero a partir de ellas serán los pliegues del lenguaje los que dificultarán discernir si cada uno de los que lucharon, murieron, vivieron, se escondieron, huyeron en la batalla eran o no eran nacionales –porque probablemente en su tiempo las naciones no existieran, ni existieran los apellidos, ni los censos de población.

Pero no es sólo la combinación de un tiempo lineal homogéneo proyectado hacia atrás con otro mítico invariable que permanece autónomo y remoto lo que construye el escenario temporal de la nación. También están los tiempos proyectados de la nostalgia o del futuro. La nostalgia es ese *décalage* de pasado en el presente que se actualiza y reconstruye: la historia, los monumentos, la arqueología, el patrimonio se ocupan de revivir el pasado y de objetualizarlo o de extenderlo o de reinventarlo desde el presente. La nostalgia es otra de las formas constitutivas de la narrativa nacional porque el Estado apela permanentemente a su anterior –*before-the-law*– para justificarse; y porque ese anterior actúa como referente de presente y de futuro para la acción. Así, a su vez, toma sentido el uso del futuro como tiempo nacional: el tiempo proyectado de la promesa, del propósito, de la finalidad como referentes –no para repetir sino, esta vez, para devenir. Otra línea de análisis temporal tiene que ver con el análisis de los ritmos –como organización del tiempo: los horarios de las comidas, las audiencias televisivas o el calendario permiten conservar una cierta forma de “sincronía” nacional (véase Rodríguez-Amat 2008; Campalans y Rodríguez-Amat 2007; Billig 1995). Esas incursiones en el análisis del tiempo ayudan a entender la relación con las estrategias

de memoria colectiva y de olvido colectivo que aligeran las dificultades de coherencia de la memoria y del discurso nacionales.

El análisis de los tiempos del discurso es una opción muy sugerente a la hora de comprender el funcionamiento del discurso nacional e incluso los conflictos que de él derivan (véase Alonso Aldama 2002). También Georg Simmel y Foucault se refirieron al uso del tiempo como una forma de ejercer el poder (véase Scaff 2005 y Foucault 2009). De forma que se puede afirmar que el Estado construye dispositivos de sincronización que mantienen a la nación cohesionada bajo una misma unidad temporal: todos a la vez.

En cuanto a los espacios, el discurso nacional se articula de forma parecida y análoga a aquélla del tiempo. De entrada, por ejemplo, la geografía funciona como trasfondo donde todas las naciones se pueden ubicar en el plano sin solaparse; hasta el punto de considerarse como conflictivo y disfuncional en cuanto sucede porque *el orden* de la organización territorial es representado como el que parcela armónicamente el mundo en naciones.

De la misma manera, la frontera política y legal del Estado se hace coincidir narrativamente con la frontera nacional, así la ley permanece del lado del pueblo y no se generan conflictos de legitimidad. Esa estrategia redundante en las nociones de proximidad y lejanía cuando se trabaja con la distancia simbólica: en los puestos fronterizos, la cercanía geográfica contradiría las distancias lingüísticas o culturales, pero los dispositivos nacionales lo resuelven y hacen que la capital del propio país parezca más cercana que otra ciudad, más próxima, del país vecino.

La proximidad simbólica articulada sobre el eje territorial y geográfico se complementa con otra dimensión mítica de conexión trascendental de la cultura con la tierra y con la naturaleza. Igualmente, las políticas de protección y explotación de los recursos naturales o del patrimonio cultural refuerzan los argumentos de identidad cultural y de resistencia frente a la colonización. En áreas como los estudios sobre turismo y patrimonio, esa doble dinámica alrededor de la protección y la explotación se halla en la primera línea de debate y tensa más la cuerda entre la nostalgia y la promesa, entre las posibilidades y la protección, materializando los dos ejes en la gestión del espacio y del territorio. Lo mismo pasa con los lugares simbólicos de interés turístico: lugares que *hay que* visitar y narrativas que los construyen como significantes (Edensor 2002). De tal forma que los monumentos conmemorativos, por ejemplo, o los lugares en los que tuvo lugar un evento histórico, sirven para anudar tiempo histórico y lugar.

De esta manera, la nación se puede ver como un constructo cultural enmarcado en el plano estructurado por los dos ejes: el temporal y el espacial. De manera que tiempo y espacio podrían analizarse enmarcados en el escenario de los propósitos y de las ideologías, de las narrativas y de las matrices significativas, es decir, bajo las coordenadas de lo humano.

4. CONCLUSIÓN: TODOS A LA VEZ, EN EL MISMO SITIO

Julio César encargó un calendario a un astrónomo egipcio pero no con la intención de contribuir a una mejor comprensión del universo o al desarrollo cultural de los pueblos del Imperio. Probablemente su propósito era estratégico, político y bélico: gracias a ese calendario, ahora tan nuestro, Julio César podía planificar campañas militares de largo alcance y sincronizar las tropas desde puntos muy dispersos de la vasta geografía del Imperio. Sin el instrumento de organización temporal, tal vez las Galias no habrían podido ser conquistadas y Vercingetorix nunca habría dejado las armas.

Desde tal perspectiva, probablemente la actual Francia no habría podido utilizar la figura del galo ni las batallas de Alesia para desenterrar sus orígenes; pero lo más probable es que hubiera buscado otros. En este artículo se han visto suficientes razones y se ha apelado a suficiente literatura para mostrar que el discurso nacionalista está estrechamente vinculado a las necesidades del Estado para construir su legitimidad. Más aún que a usar razones de verdad histórica o legendaria. Pero no es esta la conclusión del artículo.

Más bien se trata de señalar la importancia estratégica del tiempo y del espacio en la organización del discurso nacionalista. Mostrar que la nación es producto de un discurso que funciona como una matriz simbólica que envuelve el sistema político estatizado. El ejemplo del calendario juliano sirve tanto para justificar la relatividad de la organización temporal como para revelar su naturaleza profundamente estratégica.

El tiempo, pues, es un instrumento de poder. De la misma forma que es un instrumento de poder la organización del espacio. Estructurarlos, utilizarlos, significa reforzar unas prácticas y discriminar otras, marcar unos lugares y unos momentos y distraer de otros. Por ello analizar las organizaciones temporales y espaciales de las sociedades es un recurso fundamental para comprender sus estructuras de poder, las intenciones profundas de su organización, sus lógicas reproductivas.

Por eso debe ser el Estado –la institución de poder, la de la violencia legítima– aquél que organiza los tiempos y espacios de la narración nacional. Aunque en su estrategia narrativa necesite poner a la nación por delante, como si fuera toda su densidad sentimental y popular la que ha serpenteado a lo largo de la historia para culminar en la razonable figura del Estado. Pero sin unos poderosos dispositivos de enunciación que narren una nación de forma intrínsecamente coherente y superficialmente compleja, la nación no existiría –como no existen todas las comunidades sociales y sin nombre que la historia engulló y se llevó por delante. Y mientras el Estado organiza, narra y enuncia, la nación permanece refugiada en su *otredad* y goza de su ambigüedad, de su promesa, de su incompreensión sentimental y su amenaza mientras le concede al Estado la razón y la ley, y toda la violencia del presente.

La imbricada organización ideológica alrededor del discurso nacionalista que refuerza la lógica del Estado debe ser un terreno fértil y sugerente para el análisis semiótico. La entrada por vía de las coordenadas espacio-temporales del discurso nacional

ya está servida; pero no es suficiente. Hasta aquí, sólo se ha formulado una invitación. Sigue siendo tarea de la semiótica identificar el uso y las formas de las estrategias de sincronización y de utopización –eso es, de eliminar el tiempo y el espacio para mitificarlos– a través de los cuales el Estado, en su razón y en su regulación, penetra las pantanosas aguas del sentimiento nacional.

Sólo con una plena comprensión de las lógicas que siguen reforzando el modelo de Estado-nacional como un binomio inquebrantable será posible preguntarse sobre los próximos desarrollos y las formas de la nueva articulación política. Sólo entonces se podrá pensar la Unión Europea, por ejemplo, bajo una forma constitucional sin que ello conlleve reacciones de sorpresa ante las negativas populares francesa o irlandesa al referendo del Tratado de Lisboa. Pero el cambio hacia nuevas formas constitucionales no se detectará si no es lentamente; y deberá ser bajo la nariz de cambios espaciales y temporales que funcionarán como advertencias para consolidar un nuevo escenario simbólico que hasta después no será político. Tal vez esos cambios en las coordenadas ya están en marcha; pero seguimos atrapados en la narrativa del momento y la geografía hegemónica de los Estados; y en ese tiempo y en ese espacio, las naciones siguen siendo necesarias. Pretender resolver las naciones, superarlas, olvidarlas o incluso despreciarlas, llenar páginas sobre *postnacionalismo* o sobre *cosmopolitismo* sin haber comprendido la lógica Estado-nacional es una entelequia.

Debería ser tarea de la semiótica señalar los dispositivos y las gramáticas de esta organización hegemónica, imperante y por ahora inquebrantable. Sólo desde este señalamiento será posible, como un rostro en la arena, anticipar y comprender las formas de su desaparición.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO ALDAMA, J. 2002, “El discurso terrorista: ritmo y estrategias comunicativas” en *La comunicación política. Transformaciones del espacio público* de *DeSignis* 2, abril 2002, 173-187. Barcelona: Gedisa.
- BERRIO, J. (1990) *L'opinió pública i la democràcia*. Barcelona: Pòrtic.
- BILLIG, M. (1995) *Banal nationalism*. London: Sage.
- CAMPALANS, C. y RODRÍGUEZ-AMAT, JR. (2007) “The origins of the daily nation” en *The Media and Time: Media History and History in the Media*. 28/30, March 2007. Gregynog: UK.
- EDENSOR, T. (2002) *National Identity, Popular Culture and Everyday life*. Oxford: Berg.
- FOUCAULT, M. (2009) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 16ª impresión.
- _____ (2007) *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 23a edición.
- _____ (1988) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid, Siglo XXI.
- GEARY, P. J. (2002) *The Myth of Nations. The medieval Origins of Europe*. Princeton: Princeton UP.
- HABERMAS, J. (1981) *Historia y crítica de la opinión pública*. Madrid: Gili.

- HOBBSAWM, E. y RANGER T. (Eds.) (1988) *L'invent de la tradició*. Vic: Eumo.
- JIMÉNEZ REDONDO, M. (1997) "Introducción" en *Identidades nacionales y postnacionales* de J. Habermas. Madrid: Tecnos.
- LOZANO, J. (1987) *El discurso histórico*. Madrid: Alianza.
- LUCHT, J. y TRÉFAS, D. (2006) "Is there a European Identity? A time series analysis of public communication in Europe from 1951 to 2005" en *Fög discussion paper DI 2006-0001*, Zürich, Fög research field public sphere and society.
- MCGUIGAN, J. (2004) "The cultural public sphere", Lección inaugural 12/05/2004. Universidad Loughborough, UK. Consultada el 12/01/2007 en: <http://www.lboro.ac.uk/departments/ss/The%20Cultural%20Public%20Sphere.doc>
- OZKIRIMLI, U. (2007) "Nationalism theory debate: The antiquity of nations?" en *Nations and nationalism* 13, vol. 3, 523-537. London: School of Economics and Political Science.
- _____ (2003) "The nation as an artichoke? A critique of ethnosymbolist interpretations of nationalism" en *Nations and Nationalism* 9, vol. 3, 339-355. London: School of Economics and Political Science.
- _____ (2000) *Theories of Nationalism. A critical introduction*. Houndmills: MacMillan Press.
- RODRÍGUEZ-AMAT, J. R. (2006) *Dir la nació. De l'interès de les teories del nacionalisme per a la recerca en comunicació*. Bellaterra: UA de Barcelona.
- SCAFF, A. L. (2005) "The Mind of the Modernist. Simmel on time" en *Time & society* 14 (1), 5-23.
- WHITE, H. (2003) *El texto histórico como artefacto literario*. Madrid: Paidós.
- WIEGREFE, K. (2008) "Am Anfang war das Reich" en *Die Erfindung der Deutschen. Wie wir wurden, was wir sind* de Wiegrefe, K. y PIEPER, D. (Eds.). Munich: Random House.
- WIEGREFE, K. y PIEPER, D. (Eds.) (2008) *Die Erfindung der Deutschen. Wie wir wurden, was wir sind*. Munich: Random House.